

La calle
Diario de un espectador
Belén

para el viernes 29 de agosto de 2008

por miguel ángel granados chapa

Aunque estamos a finales de agosto, lejos todavía de diciembre, conserve usted en su memoria este “cuento de Navidad”, escrito por Vicente Leñero con el título de “Belén”, incluido en Gente así, a que nos hemos referido esta semana. Es una recreación del relato evangélico sobre el nacimiento de Jesús,, dedicado por el autor a “la menor de mis nietas”. Puesto que narra hechos archisabidos el texto ofrece la oportunidad de apreciar el estilo, la prosa de Leñero:

“La mano de José hundió la pequeña cazuela de barro en el agua transparente del arroyuelo y la levantó, chorreante. Se la entregó a María, quien bebió de ella en dos ocasiones más. Tenía sed. Estaba cansada porque el viaje se había prolongado.

Terminado el mediodía, el sol apenas tibio iniciaba su curva hacia el poniente. Grupos de peregrinos caminaban por la ruta trazada sobre el páramo rumbo a Belén, a cumplir con la orden de empadronamiento. Giraban la cabeza hacia José y María y los miraban allí, a la orilla del arroyuelo durante el breve descanso. Seguían avanzado sin saludar, sin detenerse.

La pareja había pedido prestada en Nazaret una mula parda para que María hiciera el viaje montada en ella, de lado, mientras José la acompañaba guiando al animal.

Reiniciaron la marcha. María estaba embarazada desde marzo y su vientre, del que no separaba la mano derecha como cuidándolo, delataba su redondez.

--Llegaremos antes de que anochezca --dijo José-- ¿Te sientes bien?

--Cansada pero bien --sonrió María.

--Es el último tramo. Detrás de esa loma y ya.

Arribaron a Belén más tarde de lo que previó José. Empezaba la noche. Un viento frío bullía entre las callejuelas obligando a la gente a cubrirse con sus tápalos. Eran muchos los peregrinos atropellándose en las calles o refugiándose en las tabernas. Lo más semejante a un hormiguero.

Primero buscarían una posada donde dormir y muy temprano en la mañana se presentarían en la oficina del censo. De inmediato, quizá, emprendería el regreso a Nazaret.

No resultó fácil encontrar alojamiento. Mejor dicho, fue imposible. Visitaron cuatro y hasta cinco lugares, incluyendo la vivienda de un amigo de José que días antes, le dijero, se había mudado a Cafarnaúm. En todas partes los rechazaron con palabras compasivas.

Su última esperanza era una posada en la periferia donde seguramente podían pasar la noche aunque fuera en el patio. Pero tampoco ahí encontraron sitio. El posadero les informó que todos los cuartos se hallaban repletos de familias enteras compartiendo la habitación con extraños. Luego abrió el portón para mostrarles la explanada donde no cabía un peregrino más. Parecía el refugio de una ciudad sitiada. La gente rebosaba como si le hubieran puesto levadura.

--Miren --eles dijeron-- No cabe ni una aguja.

La mujer del posadero advirtió el semblante lánguido de María y su vientre embarazado.

--Estás preñada --se sorprendió--¿A punto ya?

--Según mi prima, me faltan diez días.

--Pues no parece --dijo la mujer del posadero. Se volvió hacia su marido-- Podrían quedarse en el establo, ¿no crees?

El posadero movió la cabeza con un gesto de repugnancia:

--Sólo si ellos quieren.

María sintió una punzada en el bajo vientre pero trató de disimular su dolor. No era la primera. Había sentido otras dos mientras recorrían las callejuelas.

Conducidos por la mujer del posadero, quien llevaba en las manos dos teas encendidas, caminaron hacia el establo.

Era una cueva de escasa profundidad, abierta como la boca de un monstruo. Al fondo se distinguían varios palos empotrados en la roca, de lado a lado, donde dormían unas doce gallinas. A la derecha estaba el corral de los borregos. Un par de mulas y un buey descansaban frente al largo pesebre. El resto del lugar se veía atiborrado... por útiles de labranza, pacas de pastura..."